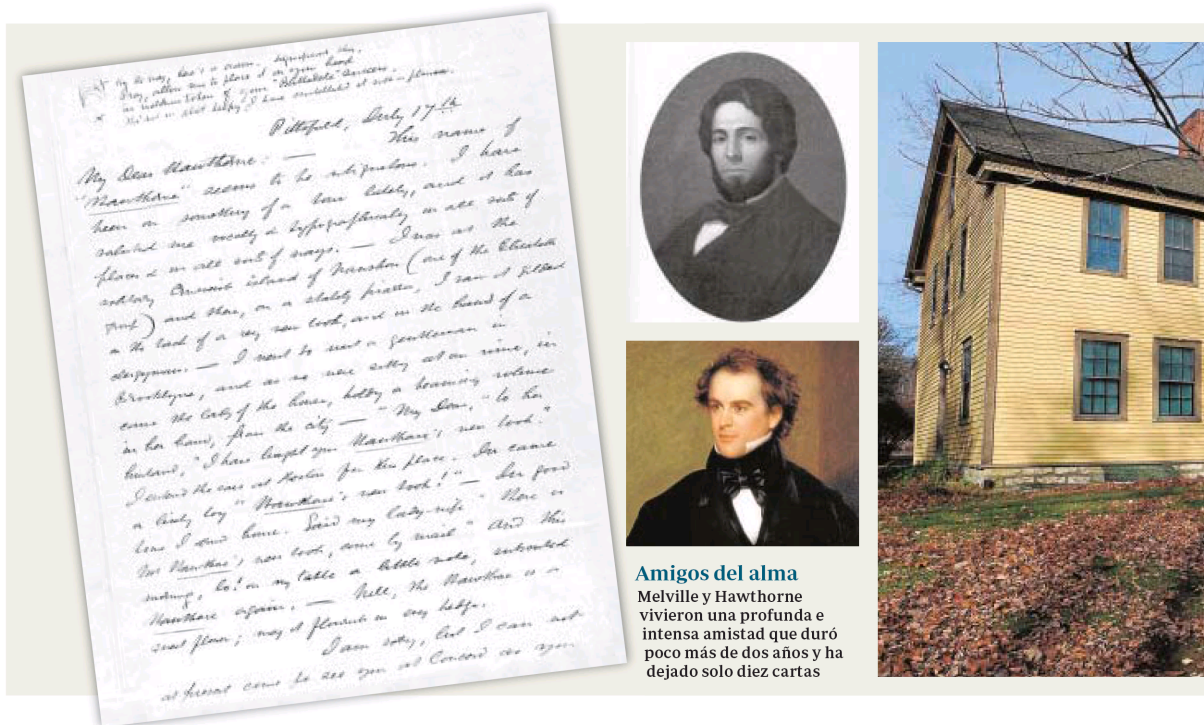




Amigos del alma
Melville y Hawthorne
vivieron una profunda e
intensa amistad que duró
poco más de dos años y ha
dejado solo diez cartas

Cartas de Melville desde el interior de «La ballena»

► Casi ahogado por la escritura de «Moby Dick», el escritor buscó un salvavidas en la amistad con Hawthorne

JESÚS GARCÍA CALERO
MADRID

Herman Melville persiguiendo una ballena, exhausto. Es el inicio del verano de 1851. El autor tiene 32 años, ha publicado ya cinco novelas y ha navegado por el Atlántico y recorrido los mares del Sur. Ha vivido entre canibales, y sin embargo... Se siente engullido por la historia de Moby Dick, el cetáceo maldito, y busca una salvavidas. Lo encontrará en la amistad de otro de los grandes literatos de su época: Nathaniel Hawthorne.

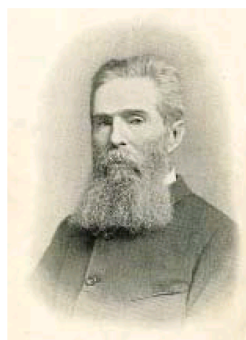
Estamos en el centro de la aventura literaria de su vida. Está corrigiendo y dando a imprenta sus palabras mientras la tinta ya se mezcla con ciertas cantidades de licor que apenas le permiten sortear sus propios abismos, donde resoplan enormes temores arponeados... Y todo eso lo podemos percibir en un puñado de cartas que de-

jan traslucir la vida que le rodea en su retiro de la granja Arrowhead, de Pittsfield, Massachusetts, en unos pocos meses de 1851 y 1852. Las misivas acaban de ver la luz en español, en un pequeño gran libro, publicado por la editorial La Uña Rota.

Para muestra, lo que le dice a Hawthorne el 28 de junio, hace justo 165 años: «¿Desea que le envíe una aleta de la Ballena a modo de muestra del espécimen? La cola no está hecha todavía del todo... aunque ni el mismísimo fuego del infierno la habría cocinado antes. Este es el lema del libro (el lema secreto): *Ego non baptizo te in nomine...* Deduzca el resto usted mismo». Ese latín es el que Ahab pronunciará cuando bautiza con sangre pagana el arpón destinado al cachalote blanco.

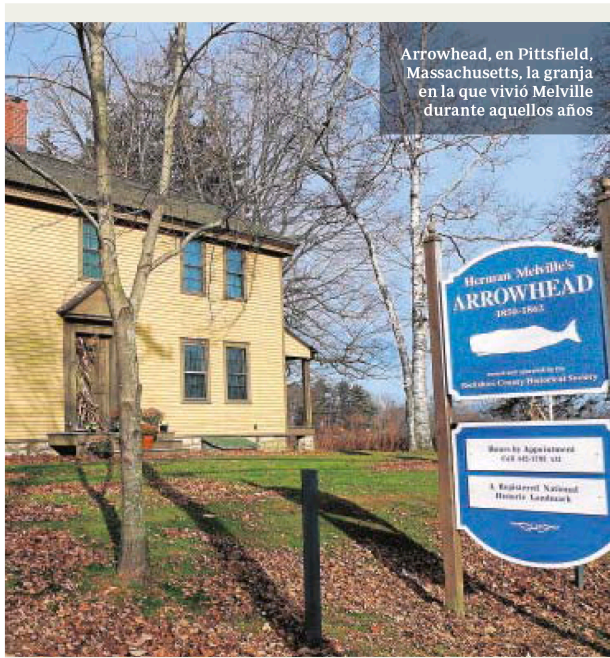
Han sobrevivido solo diez de las cartas enviadas por Melville a Hawthorne, mientras que de las recibidas por él solo ha quedado una. Del autor de «Moby Dick» no conocemos más de

Herman Melville died yesterday at his residence, 104 East Twenty-sixth Street, this city, of heart failure, aged seventy-two. He was the author of "Typee," "Omoo," "Moby Dick," and other seafaring tales, written in earlier years. He leaves a wife and two daughters, Mrs. M. B. Thomas and Miss Melville.



Dedicatoria y muerte

En el obituario publicado por «The New York Times» escribieron mal el título de «Moby Dick», lo cual indica que Melville no era tan famoso (de hecho no lo fue hasta 1920, cuando su obra se revaloriza). Mucho más célebre fue durante toda aquella época Hawthorne, autor de «La letra escarlata». A él fue dedicada la novela, como es sabido, con estas palabras: «En señal de mi admiración a su genio este libro está dedicado a Nathaniel Hawthorne», puso en el frontispicio.



Arrowhead, en Pittsfield, Massachusetts, la granja en la que vivió Melville durante aquellos años

trescientas en total, lo cual es una cifra ínfima si la comparamos, como hace Carlos Bueno Vera en el prólogo de este libro, con las nueve mil de Galdós o las doce mil de Henry James. Otros han dejado océanos de papel, pero casi todas las cartas y manuscritos de Melville acabaron en incendios y naufragios y se han perdido cuantas noticias de sí mismo hubiera en ellos.

Un «vil hábito», decía Melville, le llevaba a quemar cada carta que recibía justo después de leerla. Por eso el peso específico de estos pequeños textos es enorme. En ellos vemos a un hombre excesivo y entusiasta, y también hogareño y taciturno, que rehúye el contacto de casi todos aunque se lanza a la amistad con Hawthorne a pecho descubierto. La suya será una de las más intensas, breves y controvertidas relaciones de la literatura estadounidense. Se ha llegado incluso a invocar un trasfondo homosexual en sus efusiones, sin mucha base.

Amistad bajo rayos y truenos

¿Cómo se conocieron aquellos primeros gigantes de la novela norteamericana? El 5 de agosto de 1850, bajo rayos y truenos, atrapados entre peñascos, en un abrigo de la Monument Mountain en el que ambos trataron de protegerse del estallido de una tormenta. No supieron de ellos durante más de dos horas y cuando les fueron a buscar estaban perdidos en «aquella conversación». Ambos descubrieron en el otro la hermandad de los temas afines, los problemas morales de aquel tiempo, las visiones que incitaban a afilar el pensamiento.

Su temporal vecindad haría echar raíces a su amistad. Tal vez fue un enamoramiento intelectual que les marcó a ambos, aunque más a Melville, seguramente. Siempre se ha dicho que Hawthorne no le admiró tanto a él como debió de sentirse admirado, ¡pero quién sabe! Las cartas dan cuenta de las noches que Melville pasaba en casa de Hawthorne, hablando y bebiendo

El valor del corazón, según el escritor

«Yo defiendiendo el corazón. ¡La cabeza es para los perros! Hubiera preferido ser un idiota con corazón que ser Júpiter y tener su cabeza»

(y fumando puros) hasta el alba. Esos encuentros produjeron, además del puñado de misivas que reúne este libro, algunos comentarios familiares. La señora Hawthorne veía en el escritor que tanto cultivaba la amistad de su marido «gestos y fuerza [hasta que] su brio daba paso a una expresión singular de calma que emergía de sus ojos... una mirada introvertida y débil [...] extraña e imprecisa». Para sus hijas era alguien de la familia.

«Mis libros, un estropicio»

Melville no puede acudir tanto como quiere a casa de los Hawthorne. Las reparaciones de la casa, los quehaceres de la granja, las cosechas, le mantienen ocupado. Así lo expresa el 1 de junio de 1851: «En una semana más o menos me voy a Nueva York a encerrarme en una habitación de un tercer piso y matarme a trabajar en mi "Ballena"». Insatisfecho por los pasados éxitos frustrados, y a pesar de que está sinceramente convencido de que toda fama es condescendiente, la inseguridad le va horadando, le llena de demonios.

Después de días dedicados a la azada y el martillo, con ampollas en todos los dedos escribe: «Lo que me impulsa a escribir, está vetado: no da dinero. Y sin embargo, por lo general, escribir de otro modo no puedo. Así que el resultado final es una chapuza, y todos mis libros son un estropicio».

Una de las reflexiones capitales que realiza en estas cartas sobre sí mismo es esta: «En mi opinión de prosista, el corazón de la mayoría de los hombres que tienen un cerebro lúcido y saben emplearlo bien, se extiende hasta los

pies. Y aunque el corazón se ahúme en el fuego de las tribulaciones, como se ahúma un buen jamón, la cabeza conservará aún el más rico y exquisito de los sabores. Yo defiendiendo el corazón. ¡La cabeza es para los perros! Hubiera preferido ser un idiota con corazón que ser Júpiter y tener su cabeza».

Los detalles que rezuman las cartas son cientos, y retratan bien el genio de dos hombres: uno porque escribe y el otro porque está invocado en cada línea. En la amistad entierran «los demonios azules», así llaman a sus angustias, entre tragos de brandy. Ese nivel de interlocución y afecto permitió a Hawthorne —no como la crítica de la época— entender con toda claridad lo que significaba «Moby Dick» para la literatura norteamericana, para la novela universal.

Escribió —debió escribir, puesto que no se conserva la carta— a Melville para decirse. El autor que tanto necesitaba sentirse comprendido, aquejado de una soledad de acantilados; el hombre que sentía Nueva York como «una fábrica de ladrillos babilónica», responde con estos sentimientos a los comentarios tras la lectura de su novela: «El latido de su corazón en mis costillas y el mío en las suyas, y el de ambos en las de Dios. Que usted haya entendido el libro ha producido en mí un sentimiento de inexpresable seguridad. He escrito un libro endiabrado y me siento puro como un cordero».

Un poco más pálido y triste

Si había señales en aquellos últimos meses de amistad, debieron ser sombrías. Desde la publicación de «Moby Dick» solo se verán dos veces más. Y en su último encuentro, que tuvo lugar en Liverpool, en noviembre de 1856, donde Hawthorne había conseguido un puesto como cónsul, el autor de «La letra escarlata» le notó «un poco más pálido y un poco más triste» enfermo y cultivando fracasos literarios.

Melville pasó veinte años entregado a la poesía y solo al final volvió a la novela con «Billy Budd». Entre tanto la vida, otra ballena blanca inextinguible, regresó puntualmente y se cobró un precio devastador: su hijo Malcolm (en el libro se incluye la carta que le escribe al cruzar el Cabo de Hornos), decidió quitarse la vida con solo 18 años, se disparó en la cabeza con una escopeta en la flor de la vida. Su segundo hijo, Stanwix, se quedó sordo y morirá de tuberculosis con 35 años. Y su hija Bessie, destinataria de una de las más tiernas cartas del volumen, enfermó gravemente. Solo Frances, la hija menor, tuvo una existencia algo más placida.

COMPRAMOS ARTE Y ANTIGÜEDADES

CUADROS	ESULTURAS	CERÁMICAS	RELOJES
PORCELANAS	PLATA	MUEBLES	JOYAS

VALORACIÓN POR DESTACADOS EXPERTOS SIN INTERMEDIARIOS Y SIN COMISIONES
NOS DESPLAZAMOS SIN COMPROMISO A CUALQUIER PUNTO DE ESPAÑA E ISLAS
VALORACIÓN - IMPORTANTE TALLAS RELIGIOSAS

LLAME Y SE LE ATENDERÁ
622 844 672 - 677 601 866 - 630 324 475
www.valorarte.net - info@valorarte.net

ABC
KIOSKO - MAS

Videoanálisis sobre las cartas del autor de «Moby Dick»